



NUMERO SUELTO 15 CENTIMOS.

Madrid y Provincias.—Mes, 1 peseta; Trimestre, 2'50; Semestre, 5; Año, 10.—Extranjero y Ultramar, 15. Número atrasado, 25 céntimos.

Se suscribe en la Administración, Fuencarral, 119; en la librería de Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en las demás principales.

A LOS ELECTORES REPUBLICANOS

Por convicción los unos y por disciplina los otros, acudisteis á las urnas. No discutamos ahora si debisteis ir. El que hace lo que cree justo, no merece reproches. Haz lo que debes, y resulte lo que quiera.

La intención al votar, no pudo ser mejor: llevar al Congreso á hombres prestigiosos, de talento, amantes de la democracia, que un día y otro alzarán su voz denunciando immoralidades, que presentasen soluciones frente á soluciones para que el país aprendiera á amar y desear la República, fiscales y jueces á la vez; varones que ante la corrupción se mostrasen severos, ante la garrulería parlamentaria reposados, ante la debilidad enérgicos, y que llevasen la esperanza á los que comienzan á creer que en España todo está ya perdido.

Era eso lo que pensabais, ¿no es cierto? Pues bien; os equivocasteis de medio á medio. Los diputados republicanos han faltado una vez más á lo que os ofrecieron. Descontando alguna que otra intervención, más ó menos oportuna, en determinadas cuestiones, ¿qué han hecho? ¿Han levantado el espíritu público ni un sólo instante? ¿Se han dado á conocer como revolucionarios, como hombres de gobierno, como hombres de carácter? ¿Han hecho siquiera que vuestros corazones, siempre dispuestos al entusiasmo, latan una vez orgullosos de haber acertado en vuestra elección? Decidme que sí, y probadme que estoy equivocado. Hace tiempo que sólo tengo un deseo, una aspiración: equivocarme. Esta palabra es mi programa todo entero. Quisiera poder decirme un día: «He sido injusto, apasionado; he estado ciego.» Desgraciadamente, no veo cerca ese día; y hasta que llegue, quiero permitirme el lujo, caro más que ningún otro, de decir lo que creo verdad.

Y la verdad hoy, es que se siente indignación, se monta en ira, al ver que los monárquicos, sin valer más que nosotros, sirviendo á un régimen gastado y desacreditado, con un bagaje de immoralidades tremendo, puedan seguir sosteniendo la restauración, esquilmando á España, y burlándose de nosotros. Dura es la palabra, pero se hurlan; en esto no cabe discusión. No nos tienen en cuenta para nada, ni se preocupan de nuestras amenazas; en cambio, se aprovechan bien de nuestras debilidades y benevolencias. Dígalo, si no, lo ocurrido en una de las últimas sesiones.

Faltando á las más vulgares nociones de justicia, se proclamó diputado por Bilbao á un Sr. Urquijo, conservador, en contra del Sr. Solagui, republicano, que era el que tenía el acta.

Los republicanos protestaron en forma ruda; Sagasta, entre burlón y sarcástico, les dijo que hacían aquello por una simple cuestión de amor propio, y al ver que arremetían en sus protestas, pronunció estas palabras:

«La minoría republicana no tiene motivos para adoptar esa actitud. Cuestiones más graves se han presentado aquí, y su conducta ha sido la de mansos corderos.»

¡Mansos corderos! Jamás se ha lanzado en Parlamento alguna frase más sangrienta contra una agrupación revolucionaria. ¡Tachados de corderos los que entraron en aquel recinto con patente de leones! ¡Los que ofrecieron en documentos públicos no dar tregua

ni descanso á la monarquía! ¡Los que pactaron la unión (ya rota) para traer la República! ¿Y quién los trataba de corderos? Los que hubieran salido mal librados á portarse ellos como leones; los únicos que han resultado ganando con su mansedumbre; los que acaso, acaso hubieran querido, aun siendo en contra suya, haber visto en los republicanos más decisión, más energía; que siempre estas cualidades seducen y gusta verlas aun en nuestros enemigos.

Al oír al Sr. Sagasta, la minoría, justo es decirlo, se alzó como un solo hombre, pidió explicaciones, y entonces el Sr. Sagasta exclamó:

«He querido decir que la minoría republicana ha soportado cuestiones más graves con resignación verdaderamente cristiana.»

Las explicaciones, como se ve, agravaban la cuestión, y la minoría arremetió en sus protestas; Sagasta concluyó por decir que no había tenido intención de molestar á nadie, según es uso y costumbre en tales casos, y el incidente terminó.

¿Y para esto, electores, habéis mandado al Congreso á los hombres más importantes del republicanismo? ¿Para que los insulten llamándoles mansos corderos y les digan que son hombres que soportan cuestiones graves con resignación verdaderamente cristiana? ¿Qué importa que luego se les diese la satisfacción de que no se había querido insultarlos, si el insulto quedaba allí, vivo, latente, y en la conciencia de todos la idea de que no han hecho cuanto debían para merecer que les aplicasen otros calificativos?

Porque, ¡cuánta no fuera hoy nuestra alegría, si Sagasta calificara á los republicanos de perturbadores, de revolucionarios, de demagogos! Esto indicaría que habían trabajado por la República con entereza, con constancia, con apasionamiento. ¡Pero de mansos corderos, de cristianos resignados! No se puede tener en menos á unos hombres que deberían ser la pesadilla de los defensores de la restauración en todas sus categorías y matices.

En la última sesión, y á los vivos al rey de los monárquicos, contestó el Sr. Salmerón con un ¡viva la República! que fué coreado por la minoría, como viene ocurriendo todos los años.

Siempre ese grito resuena dulcemente en los oídos de los republicanos; pero dado al final de legislaturas en que nada se ha hecho, significa bien poco. Cosa diferente sería, si fuese algo así como el coronamiento de la provechosa campaña sostenida; de las batallas ganadas en el campo de la opinión; de la esperanza en un próximo cambio de institución fundada en el esfuerzo hecho y en el plan preparado. Entonces, entonces si que ese viva valdría mucho y tendría resonancia inmensa; no ahora, que es sólo un grito del corazón, lanzado á raíz de una labor floja y estéril. Hoja de parra que se colocara á prisa para salir á la calle el que hubiera asistido desnudo á una fiesta; algo que pide olvido; pan eucarístico que tomase á última hora un incrédulo, por si acaso; todo esto puede significar ese viva, no lo que debería significar.

Por otra parte, para que viva la República, hay que resucitarla, y á esto, y sólo á esto, prescindiendo de todo lo demás, deberíamos enderezar nuestros esfuerzos todos los republicanos. Y mientras esto no ocurra, serán perfectamente inútiles. Lo mismo la lucha legal que las conspiraciones fraguadas con mejor intención que acierto; que los anuncios á diario de implanta-

ción de la República para el día siguiente; que las reuniones de Asambleas; que las veladas en los comités; que los banquetes; que las ovaciones á éste ó á aquél; que los discursos; que todos los actos, en fin, realizados sin fruto durante tantos años de esperanzas fallidas y entusiasmos recalcitrantes.

Si queremos hacer algo, hay que seguir nuevos rumbos; pagarnos menos de palabras, y aunar nuestros esfuerzos para una acción común, sin apego exagerado á nuestras peculiares ideas, sin volver la vista al pasado, sin exclusivismos en el presente ni prejuicios para lo porvenir.

JOSÉ NAKENS

EL PROGRAMA DEL SEÑOR PI

No pasa día por nuestros excelentes y bonachones republicanos. El boletín oficial que una vez á la semana publica el Sr. Pi, inserta varias adhesiones al nuevo programa que el jefe ha inventado para uso del partido. Eso se llama resignación. ¡Si conocerá el señor Pi á los suyos cuando se atreve á hacer lo que ha hecho!

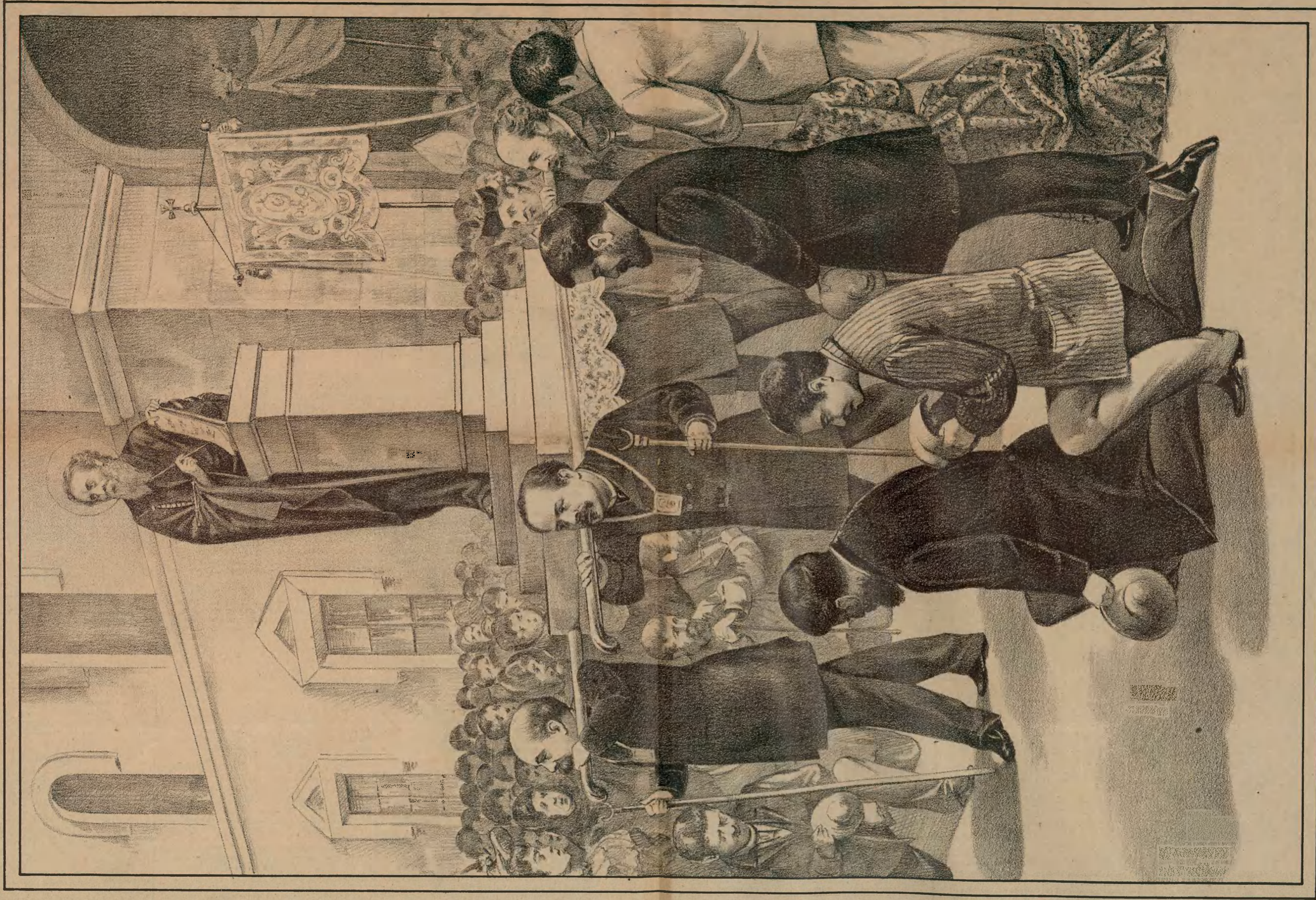
Ahora dice, según rumores dignos de fe, que el tal programa es de casi imposible realización; pero que á él le convenía formularlo como su testamento político. Ahora falta saber quiénes serán los albaceas encargados de gestionar su cumplimiento. Ya les ha caído qué hacer.

Si el Sr. Pi y Margall trataba de expresar ideas puramente personales, ¿qué necesidad tenía de comprometer á los Sres. Moya, Vallés y Coll, haciéndoles aparecer como colaboradores en un documento que en modo alguno han contribuido á perpetrar? ¿Qué necesidad tenía tampoco de presentar ese manifiesto, exclusivamente suyo, como programa de su partido? Esto ni es serio, ni conduce á nada; pues el documento en cuestión parece muy mal á gran número de federales, tan respetables como los que lo elogian; de suerte que, diga el Sr. Pi lo que quiera y piense lo que más le halague, ni eso es programa del partido federal, ni puede serlo, ni lo será nunca: es sencillamente una serie de opiniones contradictorias del Sr. Pi, refrendadas dócilmente por sus mal aconsejados consejeros.

En cuanto á los comités y federales sueltos que se adhieren (hasta ahora son pocos, pero no faltan), lo hacen, salvas honrosas excepciones, obedeciendo á esa mala costumbre, á esa velocidad adquirida, que les lleva á corear y aplaudir cuanto proceda del jefe, ya sea un discurso, ya un acto político más ó menos acertado, ya una declaración revolucionaria ó una profesión de fe evolucionista. Si el jefe se muestra librepensador, le aplauden; si al siguiente día se proclama resuelto partidario de Mahoma, le aplauden también. No se fijan en si lo dicho por el jefe es una verdad profunda ó un dislate: ellos cumplen con hacer constar su adhesión; creen prestar así un servicio á la causa y contraer un mérito; y como, aparte de esto, ven sus nombres en letras de molde, quedan persuadidos de que no han perdido el día.

Pero dejemos á un lado estas consideraciones, ya que por nuestra mala ventura hemos alcanzado tiempos en que predicar democracia á los demócratas es sermón perdido. Vamos al análisis del manifiesto, y si alguno de los entusiastas que han felicitado por él al Sr. Pi se fija en nuestras indicaciones, quizá en lo

EL MOTIN



Ayuntamiento de Madrid

Lo que quieren algunos que sea la República.

Lit. E. Fernandez, Fegico 3, Madrid.

sucesivo adquiera la buena costumbre de no adherirse á ciertas enormidades sin pensar antes un poco en lo que va á hacer.

Quiere ante todo el Sr. Pi amortizar la Deuda pública convirtiendo el interés real en plazo del pago; y este pensamiento, que expresó ya en su obra *La Reacción y la Revolución* hace cuarenta años, es una vana utopía financiera. Las rentas perpetuas serán más ó menos gravosas á los Estados, pero desde el momento en que forman la principal base del crédito público y que constituyen una red de intereses que afectan á todas las naciones, es locura pensar en que una sola pueda abolirlas porque así se le antoje á un hacendista, sin contar con los acreedores extranjeros. Equivaldría esa medida á una violenta conversión que se calificaría de despojo y motivaría una intervención armada y la constitución de un sindicato de acreedores que convertirían á la España federal y socialista del Sr. Pi en un Egipto administrado y estrujado por los ingleses de todos los países. Por ahí no vemos las ventajas del plan financiero del Sr. Pi. Ahora, si este pontífice se ha propuesto sólo sentar su opinión acerca de lo que deberán hacer todas las demás naciones para facilitar el saldo de sus deudas públicas, esa opinión será buena ó mala, pero no tiene razón de ser en un programa de partido.

La administración de los ferrocarriles por el Estado es otro de los puntos del programa de hacienda del Sr. Pi. No quiere esperar á que se cumplan los plazos de las concesiones, como si tuviera mucha prisa en que el servicio de transportes que hoy es ya rematadamente malo, se convierta en pésimo é impecable. Conviene ya todo el mundo en que el Estado es el peor de los empresarios posibles, pues todo lo hace caro y mal, aparte de que contra sus abusos no cabe recurso de ninguna especie; pero el Sr. Pi, creyente en el Estado-providencia, no pasa por doctrina ni admite hecho que pugnen con su manera de apreciar las cosas. Los ferrocarriles en poder del gobierno harían sonar con ansia en las antiguas galeras aceleradas. Lo que la experiencia y el buen sentido aconsejan en este punto es que no se prorrogue bajo ningún pretexto concesión alguna, y que, á medida que vayan venciendo los plazos de las actuales, se entregue de nuevo la explotación de los ferrocarriles á las empresas particulares que ofrezcan mayores garantías y más seguras ventajas para el transporte, así de viajeros como de mercancías, con lo que se llegará en lo posible al ideal de lo que puede desearse y obtendrá el Estado ingresos de importancia.

El reparto de tierras incultas á comunidades de obreros supone, en primer lugar, la apropiación de aquellas por el Estado socialista, y en segundo, una subvención más ó menos fuerte del gobierno á esas comunidades, que nos parece sumamente difícil organizar en nuestro país. Contra lo que se cree vulgarmente, faltan en España brazos, y la apatía de los obreros es el obstáculo más poderoso que se opone al fomento de nuestra agricultura. Puede que el Sr. Pi se diese maña para resolver con media docena de decretos ese problema á que en vano trata dedar solución hasta hoy la iniciativa particular. No hay que decir los abusos á que se prestaría ese reparto de tierras á las pretendidas comunidades y las iniquidades á que daría lugar la supresión de instituciones económicas tan fundadas y útiles como la enfiteusis y los censos, que el Sr. Pi quiere borrar de una plumada para convertirlos en compras de tierras á plazos, cosa enteramente distinta.

Proseguiremos este análisis, que no deja de ser provechoso. Adherirse atropelladamente á programas que no se sabe ó no se quiere estudiar, revela en los individuos ligereza é ignorancia; en los partidos, absoluta carencia de ideal y de criterio. Es muy de sentir que esto ocurra en agrupaciones democráticas que pretenden sustituir á los partidos de la monarquía.

¡OTRO MENOS!

Hay muchos soldados de fila de la República que, pudiendo aspirar á ser capitanes por sus méritos, se pasan la vida prestando servicios ignorados, sacrificándose por puro amor á la idea, y que caen en silencio en la losa, que riegan con sus lágrimas los que han tenido la suerte de conocerlos. Uno de estos era Pepe Hernández.

¿Quién era Pepe Hernández? En la estación del ferrocarril del Mediodía os dirán que era un empleado entendido, trabajador, probo, querido de todos, los altos y los bajos, como lo han demostrado yendo en gran número á acompañar su cadáver al cementerio del Este; en todos los puntos donde se ha abierto una suscripción para una obra de progreso ó caritativa, os dirán que conocen su nombre; y nosotros, que nos honramos con su amistad, os diremos que no vimos nunca más amor á la República, mayor perseverancia en servirla, abnegación tan grande como los suyos.

La índole de los servicios que prestó, nos prohíbe revelarlos; solamente diremos que puso en ellos siempre desinterés y caballerosidad. Los desalientos que hemos sentido en los últimos años desaparecieron al ver á Pepe, ó al pensar en él, pues nos decíamos: «Causa que cuenta con hombres de corazón y de energía como éste, es causa que triunfará.»

Deja una esposa y una hija que revelan en todos sus actos la influencia del hombre honrado digno y leal que acaba de dejarlas. Reciban nuestro pésame, así como sus hermanos, y llórenlo mucho, que todo lo que le floren será poco; pero enorgullescánse al mismo tiempo de haberle tenido por deudo; que no abundan los hombres de las condiciones de ese que nunca se borrará de nuestra memoria.

A CADA CUAL LO SUYO

La *Revancha* de Valladolid dedicó un artículo á lamentar la muerte de D. Santos de la Hoz. Á él pertenecen estos párrafos:

«Nakens, el escritor republicano, que, juzgando no respondían los republicanos caracterizados á lo que de ellos reclamaban los partidos y exigía la patria, ha hecho fuego cerrado contra ellos, decía á uno de nuestros redactores al hablar de los prohombres del republicanismo: «La Hoz es de lo mejor; es de los que dan la bolsa y la vida por nuestros ideales.»

Confesión que dice mejor que nosotros pudiéramos decirlo, lo que ha perdido el partido progresista con la muerte de su vicepresidente D. Santos de la Hoz.»

Doy las gracias al colega, porque me da pretexto para decir que en *El Motin* se procura hacer siempre justicia á todos. Aquí no hay más criterio para juzgar que éste: «por sus obras los conoceréis.»

MONAGUILLO PRESUNTO

Habla *El Movimiento Católico* de lo que dije en mi número anterior acerca del besuqueo que el jefe de los federales de Valladolid, Sr. Guerra, perpetró en la mano del arzobispo de aquella diócesis, y exclama: «¿Cuándo decimos que aun hemos de ver á Nakens ayudando á misa!»

¿Y por qué no? Ese es uno de mis deseos más vivos. El día que se cumplan las condiciones que exijo para dar ese avance en el camino de mi salvación eterna, aquel día ayudaré á misa. Son estas:

Que los obispos renuncien sus sueldos en beneficio de los pobres.

Que los curas sean castos, tolerantes, humildes é ilustrados.

Que los frailes no intriguen, ni acaparen riquezas, se instruyan y sean útiles.

Que se supriman los millares de socalinas que esquilmán al pueblo católico por conducto de Hermanos de esto, Hermanas de aquello, y que el producto de la caridad se reparta equitativamente.

Vea yo esto, y ayudaré á misa, no un día, sino á diario, y hasta confesaré y comulgaré por Pascua florida.

Me parece que no es mucho pedir, ni pedir nada imposible. ¡Ah! se me olvidaba esta otra condición:

Que empiecen desde ahora los señores ministros del altar á bañarse, para ir poco á poco alejando de sus cuerpos el tufillo que distingue al sér humano que tiene por cosa herética las abluciones; pues como habrá momentos, al ayudarles á misa, en que tenga que colocarme muy cerca de ellos, sentiría verme acometido de un accidente cualquiera por asfixia que privara al acto de su solemnidad.

Llenadas estas condiciones, súpalo *El Movimiento* y toda la cristiandad, tendré mucho gusto en ayudar á misa.

LA CARICATURA

Carvajal y Ruiz Zorrilla, imitando á Castelar, se glorían de doblar ante Roma la rodilla. Y tanto la piedad brilla de estos ilustres varones, y hacen sus declaraciones tan honda mella en el clero, que ha de seguirles espero... á todas las procesiones.

DISPAROS

Me aseguran que el Sr. Becerro de Bengoa ha dejado suspenso á cincuenta alumnos de los jesuitas, en los exámenes últimos.

Por lo mismo que en otras ocasiones lo he censurado por sus concommitancias con el bando clerical, lo aplaudo con más ahínco en esta ocasión. Es el suyo un rasgo de

independencia profesional que hoy tienen pocos catedráticos.

Un telegrama de París dice que ha sido detenido en concepto de anarquista «el vicario de la iglesia de Saint-Leonard, por aprobar públicamente el asesinato de Carnot, y lamentarse de no haberlo sabido antes, para haber ayudado á la realización del crimen enviando á Caserio la cantidad de diez francos.

¡Buen argumento en favor de la prisa católica, que atribuye el anarquismo á la falta de educación religiosa!

Según un periódico gaditano, el Hospicio de Cádiz es la primera casa de crueldad de la provincia, en punto á comida y trato.

Desde que los asilos están á cargo de hermanucos y hermanucas, en casi todas partes ocurre igual.

Los que consideran la reproducción de la especie como una falta, mal pueden considerar como una virtud el amparar á los niños desvalidos.

Pregunta *El Movimiento* si habría anarquistas si los obreros santificasen los días de fiesta.

¡Ya lo creo! Muchísimos más que ahora. Tendrían un día menos de trabajo, y por consiguiente, menos de pan, y estarían más desesperados aun.

Como no habría ni uno, sería dándole á cada obrero el sueldo que tiene el obispo que más corto lo tenga.

Ensáyese, y se me dará la razón.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

¿Que Joseíto, el de Cantalpino, se empona en que el maestro y la maestra lleven á los niños á todos los actos religiosos abandonando la clase?—Contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar.—¿Que se mezcle en los asuntos municipales?—La culpa es de quien se lo consiente.—¿Que barbariza en el pulpito?—El que no va á la iglesia, no lo oye.—¿Que vive en casa de una solterona?—Si no es fea, le alabo el gusto.—¿Que guardó vacas en su juventud?—Sixto V guardó cerdos.—¿Que es muy corto de alcances?—No se parece en esto á Sixto V.

Muy exigentes me parecen los habitantes de Cantalpino. ¿Quieren un ecónomo tolerante, prudente, ilustrado, orador, que viva como un hongo, que haya estudiado mucho y que sepa más que Brijan? Pues que lo pinten, ó me digan dónde hay uno de esa clase para ir por él y llevárselo. Por mi parte, declaro humildemente que ignoro dónde existen esas gangas.

Allá en Mora de Ebro

ha ocurrido un suceso que celebro.

Tres respetables y piadosos curas

sentáronse en la iglesia las costuras,

dándose en vez de abrazos

fuertes coacs, mordiscos y arañazos.

Eso consuela mi ánima contrita.

¡Que se repital ¡oh Dios! ¡que se repital!

Dicen que la iglesia del Carmen está en ruínas.

Los cimientos de la torre de San Luis ya hemos visto que están al descubierto.

¡Creyentes! No entréis en esos dos templos, si no queréis morir de mal de piedra.

¡Impíos! No paséis ni por la acera de enfrente, no vais á pagar cara vuestra imprevisión.

Laredo.—Detenidos sacerdotes apócrifos dos.

—Eso prueba lo mucho que da el oficio. Sólo se falsifica lo que produce.

Gascuña.—Enorme poñasco cayó fachada posterior templo. San Francisco, trizas. Santos otros, descalabrados.

Y en la redacción de *El Motin*, sin novedad.

BIBLIOGRAFIA

Hemos recibido los tomos 4.º, 5.º y 6.º de la *Colección diamante*, que contienen respectivamente la primera, segunda y tercera serie de los *Pequeños poemas* de D. Ramón de Campoamor. Como los anteriores volúmenes, están muy bien impresos y tienen elegantes cubiertas al cromo. Precio dos reales tomo, en casa del editor, Sr. Lopez, Rambla del Centro, 20, Barcelona, y librerías.

Nicolás Salmerón, como filósofo, político y orador. Estudio de actualidad, por Ernesto Bark. Folleto de 32 páginas en 8.º. De venta en la administración de la Biblioteca republicana, Princesa, 5, Madrid.—Una peseta.

Hemos recibido la preciosa novela espiritista de Teófilo Gautier de la biblioteca de la revista psicológica *La Irradiación*, que se dedica á la publicación de las obras más importantes de Espiritismo Magnético é Hipnotismo, impreso en letra grande y tamaño 8.º prolongado. En la actualidad está dando á luz la obra titulada el libro de los Medios de Karel y Orígenes del cristianismo, de Navarro Murillo.

Se publican cuatro cuadernos mensuales de 32 páginas, costando la suscripción seis pesetas al año. La administración se halla establecida en la calle de Hita, 6, bajo, Madrid.

La revista *La Irradiación* se remite gratis á los casinos que lo soliciten.

La reforma integral de la legislación civil, por D. José D'Aguianno, traducción de Dorado Montero Cuatro pesetas. D'Aguianno, acaso el primer civilista contemporáneo, es ya conocido en España por su magistral obra *La Génesis y la reproducción del derecho civil*. La que ahora acaba de traducirse es también importantísima, y aunque en todo independiente, puede considerarse segunda parte de aquella.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.